

Via Crucis para salvar el hogar

Los 14 consejos del matrimonio Zanzucchi

También en familia, en los momentos más difíciles hay que recordar siempre que el amor de Dios lo puede todo.

Por: Zanzucchi | Fuente: Catholic.net



Tienen 91 y 83 años, medio siglo juntos, y Benedicto XVI les confió a ellos las meditaciones del Viernes Santo en el Coliseo.

La Iglesia ya no puede dejar más claro hasta qué punto considera la familia como el sostén de la vida cristiana y el eje de la nueva evangelización. Por si no lo reiterasen el Papa y los obispos a cada ocasión, Benedicto XVI quiso simbolizarlo este año encargando a un matrimonio en las bodas de oro, el que conforman los foclares Danillo y Anna María, el matrimonio Zanzucchi, las meditaciones que acompañaron este Viernes Santo a las catorce estaciones del Via Crucis en el Coliseo.

Lo presidió el Papa y portaron la cruz, alternativamente, el cardenal Agostino Vallini, vicario general de la diócesis de Roma, frailes venidos de Tierra Santa y familias de Italia, Irlanda, Burkina Fasso y Perú.

Éstas son las ideas principales que transmitieron los Zanzucchi concernientes a la familia (abajo puede encontrarse el enlace al documento completo).

Primera estación:

Muchas de nuestras familias sufren por la traición del cónyuge, la persona más querida. ¿Dónde ha quedado la alegría de la cercanía, del vivir al unísono? ¿Qué ha sido del sentirse una sola cosa? ¿Qué pasó de aquel «para siempre» que se había declarado?

Mirarte, Jesús, el traicionado, y vivir contigo el momento en el que se derrumba el amor y la amistad que se había creado en nuestra pareja, sentir en el corazón las heridas de la confianza traicionada, de la confianza perdida, de la seguridad desvanecida.

Mirarte, Jesús, precisamente ahora que soy juzgado por quien no recuerda el vínculo que nos unía, en el don total de nosotros mismos.

Solo tú, Jesús, me puedes entender, me puedes dar ánimo, puedes decirme palabras de verdad, incluso si me cuesta entenderlas. Puedes darme la fuerza que me ayude a no juzgar a mi vez, a no sucumbir, por amor de esas criaturas que me esperan en casa y para las cuales soy ahora el único apoyo.

Segunda estación:

Pero lo más grave, Jesús, es que yo he contribuido a tu dolor.

También nosotros, esposos, y nuestras familias.

También nosotros hemos contribuido a cargarte con un peso inhumano.

Cada vez que no nos hemos amado, cuando nos hemos echado las culpas unos a otros, cuando no nos hemos perdonado, cuando no hemos recomenzado a querernos.

Y nosotros, en cambio, seguimos prestando atención a nuestra soberbia, queremos tener siempre razón, humillamos a quien está a nuestro lado, incluso a quien ha unido su propia vida a la nuestra.

Ya no recordamos, Jesús, que tú mismo nos dijiste: «Cuanto hicisteis a uno de estos pequeños, a mí me lo hicisteis». Así dijiste precisamente: «A mí».

Tercera estación:

Habíamos prometido seguir a Jesús, respetar y cuidar a las personas que ha puesto a nuestro lado. Sí, en realidad las queremos, o al menos así nos parece. Si faltaran sufriríamos mucho. Pero, después cedemos en las situaciones concretas de cada día.

¡Cuántas caídas en nuestras familias!
¡Cuántas separaciones, cuántas traiciones!
Y después, los divorcios, los abortos, los abandonos.

Jesús, ayúdanos a entender qué es el amor, enséñanos a pedir perdón.

Cuarta estación:

Para todos los hombres y mujeres de este mundo, pero en particular para nosotros, familias, el encuentro de Jesús con la madre allí, en el camino del Calvario, es un acontecimiento intensísimo, siempre actual. Jesús se ha privado de la madre para que nosotros, cada uno de nosotros –también nosotros esposos– tuviéramos una madre siempre disponible y presente. Por desgracia, a veces nos olvidamos. Pero cuando recapacitamos, nos damos cuenta de que en nuestra vida de familia muchísimas veces hemos acudido a ella. ¡Qué cerca de nosotros ha estado en los momentos de dificultad! ¡Cuántas veces le hemos recomendado a nuestros hijos, le hemos suplicado que intervenga por su salud física y aún más por una protección moral!

Quinta estación:

Tú nos amas con amor infinito. Más que el padre, la madre, los hermanos, la mujer, el esposo, los hijos. Nos amas con un amor que ve más lejos, un amor que, por encima de todo, aun de nuestra miseria, nos quiere salvos, felices, contigo, para siempre.

También en familia, en los momentos más difíciles, cuando se debe tomar una decisión importante, si la paz habita en el corazón, si se está atento a percibir lo que Dios quiere de nosotros, somos iluminados por una luz que nos ayuda a discernir y a llevar nuestra cruz.

El Cirineo nos recuerda también los rostros de tantas personas que nos han acompañado cuando una cruz muy pesada

se ha abatido sobre nosotros o nuestra familia.

Sexta estación:

Y, sin embargo, pocas veces nos acordamos de que en cada uno de nuestros hermanos necesitados

te escondes tú, Hijo de Dios. ¡Qué distinta sería nuestra vida si lo recordáramos!

Poco a poco tomaríamos conciencia de la dignidad de cada hombre que vive en la Tierra.

Toda persona, bonita o fea, capaz o no, desde el primer instante en el vientre de la madre o tal vez ya anciana, te representa, Jesús.

No sólo. Cada hermano eres tú. Mirándote, reducido a bien poca cosa allí en el Calvario, entenderemos con la Verónica que en toda criatura humana podemos reconocerte.

Séptima estación:

Nuestros pecados, que has cargado sobre ti, te aplastan, pero tu misericordia es infinitamente más grande que nuestras miserias.

Sí, Jesús, gracias a ti nos levantamos. Nos hemos equivocado. Nos hemos dejado vencer por las tentaciones del mundo, quizá por espejismos de satisfacción, por querer escuchar que alguien todavía nos desea, porque alguien dice que nos quiere, incluso que nos ama.

Nos cuesta a veces hasta mantener el compromiso adquirido en nuestra fidelidad de esposos. Ya no tenemos la frescura y el dinamismo de una vez. Todo se hace repetitivo, cada acto parece una carga, vienen ganas de evadirnos. Pero tratamos de levantarnos de nuevo, Jesús, sin caer en la más grande de las tentaciones: la de no creer que tu amor lo puede todo.

Octava estación:

Jesús, cuántas veces por cansancio o inconsciencia, por egoísmo o temor, cerramos los ojos y no queremos afrontar la realidad. Sobre todo, no nos implicamos personalmente, no nos comprometemos en la participación profunda y activa en la vida y las necesidades de nuestros hermanos, cercanos y lejanos.

Continuamos a vivir cómodamente, reprobamos el mal y quien lo hace, pero no cambiamos nuestra vida y no arriesgamos personalmente para que las cosas cambien, el mal sea abatido y se haga justicia.

Con frecuencia las situaciones no mejoran porque no nos esforzamos en hacerlas cambiar. Nos hemos retirado sin hacer mal a nadie, pero también quizás sin hacer el bien que habríamos podido y debido hacer. Y tal vez alguno paga por nosotros, por nuestro abandono.

Novena estación:

Con estos hermanos nuestros en el corazón, queremos ofrecer nuestra vida, nuestra fragilidad, nuestra miseria, nuestras pequeñas y grandes penas cotidianas. Vivimos con frecuencia anestesiados por el bienestar, sin comprometernos con todas las fuerzas en levantarnos de nuevo y levantar a la humanidad. Pero podemos volver a ponernos en pie, porque Jesús ha encontrado la fuerza de volverse a alzar y reemprender el camino.

También nuestras familias son parte de este tejido deshilachado, están sujetas a un estado de bienestar que se convierte en la meta misma de la vida. Nuestros hijos crecen. Intentemos habituarles a la sobriedad, al sacrificio, a la renuncia. Tratemos de darles una vida social satisfactoria en el ámbito deportivo, asociativo y recreativo, pero sin que estas actividades sean sólo un modo para llenar la jornada y tener todo lo que se desea.

Décima estación:

Cuántos han sufrido y sufren por esta falta de respeto por la persona humana, por la propia intimidad. Puede que a veces tampoco nosotros tengamos el respeto debido a la dignidad personal de quien está a nuestro lado, «poseyendo» a quien está a nuestro lado, hijo, marido, esposa, pariente, conocido o desconocido. En nombre de nuestra supuesta libertad herimos la de los demás: cuánto descuido, cuánta dejadez en los comportamientos y en el modo de presentarnos el uno al otro.

Jesús, que se deja mostrar así a los ojos del mundo de entonces y de la humanidad de siempre, nos recuerda la grandeza de la

persona humana, la dignidad que Dios ha dado a cada hombre, a cada mujer, y que nada ni nadie debería violar, porque están plasmados a imagen de Dios. A nosotros se nos confía la tarea de promover el respeto de la persona humana y de su cuerpo. En particular a nosotros, los esposos, la tarea de conjugar estas dos realidades fundamentales e inseparables: la dignidad y el don total de sí mismo.

Undécima estación:

Es la ley del amor lo que lleva a dar la propia vida por el bien del otro. Lo confirman esas madres que han afrontado incluso la muerte para dar a luz a sus hijos. O los padres que han perdido un hijo en la guerra o en atentados terroristas y que no desean vengarse.

Jesús, en el Calvario nos representas a todos, a todos los hombres de ayer, de hoy y de mañana.

Sobre la cruz nos has enseñado a amar. Ahora comenzamos a comprender el secreto de aquella alegría perfecta de la que hablabas a los discípulos en la última cena. Has tenido que bajar del cielo, hacerte niño, después adulto y entonces padecer en el Calvario para decirnos con tu vida lo que es el verdadero amor.

Mirándote allí arriba en la cruz, también nosotros, como familia, esposos, padres e hijos estamos aprendiendo a amarnos y a amar, a cultivar entre nosotros esa acogida que se da a sí misma y que sabe ser aceptada con reconocimiento. Que sabe sufrir, que sabe transformar el sufrimiento en amor.

Duodécima estación:

Un misterio nos envuelve al revivir cada paso de tu pasión. Jesús, tú no guardas celoso el tesoro de tu ser igual a Dios, sino que te haces pobre de todo para enriquecernos.

«En tus manos entrego mi espíritu». ¿Cómo has hecho, Jesús, en aquel abismo de desolación, para confiarte al amor del Padre, para abandonarte a él, para morir en él?

Sólo mirándote a ti, sólo contigo, podemos afrontar las tragedias, el

sufrimiento de los inocentes, las humillaciones, los ultrajes, la muerte.

Jesús vive su muerte como don para mí, para nosotros, para nuestra familia, para cada persona, para cada familia, para cada pueblo, la humanidad entera. En aquel acto renace la vida.

Decimotercera estación:

Jesús y María, he aquí una familia que, sobre el Calvario, vive y sufre la suprema separación. La muerte los aleja, o por lo menos así parece, a una madre y a un hijo con un lazo al mismo tiempo humano y divino inimaginable. Lo ofrecen por amor. Juntos se abandonan a la voluntad de Dios.

En la grieta abierta en el corazón de María entra otro hijo, que representa a la humanidad entera. Y el amor de María por cada uno de nosotros es la prolongación del amor que ella ha tenido por Jesús. Sí, porque verá su rostro en los discípulos. Y vivirá para ellos, para sostenerlos, ayudarlos, animarlos, llevarlos a reconocer el Amor de Dios, y que en su libertad se dirijan al Padre.

¿Qué me dicen, qué nos dicen, qué les dicen a nuestras familias esa Madre y ese Hijo en el Calvario? Uno sólo se puede parar, atónito, ante esta escena. Se intuye que esta Madre, este Hijo nos están dando un don único, irrepetible. En efecto, en ellos encontramos la capacidad de ensanchar nuestro corazón y abrir nuestro horizonte a la dimensión universal.

Decimocuarta estación:

Allí comienzan a ser Iglesia, en espera de la Resurrección y de la efusión del Espíritu Santo. Con ellos esta la madre de Jesús, María, que el Hijo había confiado a Juan. Se reúnen con ella, alrededor de ella. En espera. A la espera de que el Señor se manifieste.

Sabemos que aquel cuerpo después de tres días ha resucitado. Así, Jesús vive por siempre y nos acompaña, él personalmente, en nuestro viaje terreno entre alegrías y tribulaciones.

Jesús, haz que nos amemos mutuamente. Para tenerte de nuevo entre nosotros, cada día, como tu mismo has prometido: «donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos».

Las palabras del Papa Francisco

Al término del Via Crucis, el Papa ilustró las implicaciones del sufrimiento en la vida familiar: "La experiencia del sufrimiento marca a la humanidad, marca también a la familia. ¡Cuántas veces el camino se hace cansado y difícil! Incomprensiones, divisiones, preocupaciones por el futuro de los hijos, enfermedades, disgustos de todo tipo... Una situación agravada en nuestro tiempo por la precariedad laboral y otras consecuencias negativas de la crisis económica".

Pero ante todo esto, dijo Benedicto XVI, "el camino del Via Crucis que hemos recorrido espiritualmente esta noche es una invitación a todos nosotros, especialmente a las familias, a contemplar a Cristo crucificado para encontrar la fuerza de superar las dificultades. La Cruz de Jesús es el signo supremo del amor de Dios a todos los hombres, es la respuesta sobreabundante a la necesidad que tiene toda persona de ser amada".

"Cuando somos probados, cuando nuestra familia se encuentran frente al dolor o la tribulación, miremos hacia la Cruz de Cristo. En ella encontramos el coraje para seguir caminando. En ella podemos repetir con firme esperanza las palabras de San Pablo...: 'Venceremos gracias a quien nos ha amado', concluyó.